

técnica de conservación, inspirada por una moral de adaptación a las circunstancias, para contener en lo posible el universal movimiento de caducidad que lleva consigo toda cosa; por tanto, todo pueblo: «Bien se puede mantener un Estado en la circunferencia de su círculo, con tal que dentro della conserve su actividad y ejercite su valor y las mismas artes con que llegó a su grandeza. Las aguas se conservan dentro de su movimiento; si falta, se corrompen; pero no es necesario que corran; basta que se muevan en sí mismas, como sucede a las lagunas agitadas de los vientos» (16). Son naturales las causas de ese proceso, y, por consiguiente, sólo se puede actuar sobre ellas, conociendo y entrando en su juego con recursos de la misma condición. La política es un arte natural, y visto así, se explica su aproximación a la medicina en los tratadistas barrocos, tomándola como una medicina para conservar y prolongar la vida de los Estados. «Médicos de la república» llama Setanti a los gobernantes (17).

«Conservación de monarquías», según el título de Fernández de Navarrete; «restauración política», como el que se dio a la obra de Sancho de Moncada (18); ambos términos expresan la actitud de acomodación en el tratamiento político, tal como se concibe éste en la primera mitad del xvii. Este planteamiento médico-político puede dar lugar a la reactualización de un principio del republicanismo de inspiración romanista, clásica, que Saavedra expresa en estos términos: «suprema ley es la salud del pueblo» (19), lo que nos revela que la técnica conservadora de adaptación en el escritor del xvii cala mucho más hondo de los intereses del príncipe.

El político que contempla al mundo sometido a cambio constante y a los Estados amenazados por graves mutaciones, encuentra una causa de este incesante trastorno en la acción combativa de los otros Estados; en general, de unos elementos enfrentados entre sí. Un movimiento general de hostilidad levanta unos Estados contra otros y hace de la guerra un modo de vida universal. La experiencia que el hombre del xvii tiene respecto a una condición propia de su tiempo, la guerra interestatal ininterrumpida (lo que era desconocido del Medievo y de otras áreas histórico-geográficas distintas de Europa), se universaliza en esa problemática de los «émulos», que probablemente es la que más páginas ocupa en la literatura política del barroco. Coincidiendo con ello, los economistas consideran también que la

---

(16) Empresa LX, p. 481. Sobre las condiciones naturales de defensa y conservación, véase empresa LIX, p. 464.

(17) *Avisos y centellas*, BAE, LXV.

(18) La primera se publica en Madrid, 1626; la segunda, en el mismo lugar, 1619.

(19) Empresa XXXII, p. 318.

«riqueza»—objeto de sus reflexiones, como todavía el título de A. Smith nos hace ver—en cuanto posesión de cada Estado, de cada individuo, es objeto de la violenta apetencia ajena y causa de la enemistad política que provoca la agresión de unos contra otros (20). Ello desencadena los movimientos de ascenso y descenso en los que están implicados, en direcciones de inverso sentido, todos los Estados y de algún modo todos los individuos. Finalmente, como el escritor mercantilista, como el pensador político también, el moralista del xvii considera al individuo empeñado en una lucha de todos contra todos, cuya imagen puede universalizarse en todos los órdenes y de la que deriva la agresividad con que los individuos se combaten también recíprocamente. El término de «émulos» lo aplica Gracián a la actitud que define la hostilidad entre humanos, con lo que vemos a tal palabra—una de las más usadas del vocabulario barroco—recorrer todos los planos posibles de enfrentamiento.

Esta visión condiciona el pesimismo que caracteriza al pensamiento barroco y que desde sus supuestos reales se sublima en una teoría general antropológica. «Ningún enemigo mayor del hombre que el hombre», escribirá Saavedra (21). Y desde esa base viene determinada en su necesidad la moral de acomodación de un escritor barroco. Toda la empresa XLVI es escrita como «una breve descripción de la naturaleza humana cuando se deja llevar de la malicia», y hemos de tener en cuenta, según el escritor del xvii, que el hombre, efectivamente, se halla entregado a la malicia, por lo menos en lo que podemos estimar como su modo de existencia estadísticamente normal, es decir, algo así como su naturaleza.

Conocer y saber jugar con las reacciones previsibles de una tan maliciosa, más aún, tan aviesa condición humana es requisito indispensable para todo aquel que ha de comportarse con otros hombres, tratarlos, manejarse a sí mismo y manejarlos en su conducta. Ese conocimiento «es precisamente necesario al que gobierna para saber regirle (al hombre) y guardarse dél» (22). Guardarse del otro: tal es el principio fundamental de esta moral barroca tanto en las relaciones del príncipe y los súbditos recíprocamente como en las de los individuos entre sí. Por eso, puesto a dar normas de conducta al príncipe, Saavedra le hablará de «celar sus intentos», de «disimular», de «no dejarse sondear», de «encubrir su ánimo», etc., preceptos que en él tienen un alcance general y que Gracián enunciará con los mismos términos, como normas de una moral de adaptación comunes a todo

---

(20) HECKSCHER: *La época del mercantilismo* (trad. castellana), México, 1943.

(21) Empresa XLVI, p. 378.

(22) *Empresas*, lugar citado.

aquel que en la coexistencia con los demás aspire a obtener para sí favorables resultados. Recogiendo ese fondo adverso sobre el que la vida se desliza, dirá Saavedra: «los peligros son los más eficaces maestros que tiene el príncipe». Ante ellos no se puede recomendar una acción que los elimine, sino una acomodación que supere su amenaza; no se ha de pensar que los otros se regirán conforme a razón, según la justicia, en acatamiento de la religión, siguiendo deberes morales, inspirándose en sentimientos nobles, etc., y, por consiguiente, no hay que pretender hacer nada para que los actos ajenos giren en ese sentido, «y así no se han de medir con la vara de la razón solamente, sino con la de la malicia y experiencias de las ordinarias injusticias y tiranías del mundo» (23). Estamos, pues, ante una moral que pide adecuar el comportamiento a la habitual maldad humana. Es más: dando por supuesto y necesario esto que podemos llamar el dato antropológico primero para un moralista barroco, hay que acomodarse a él y manejarlo de manera que se lo transforme en un recurso para salir adelante en la propia empresa. No otro es el sentido de todo saber político. «Toda la ciencia política consiste en saber conocer los temporales y valerse dellos» (24). Capear temporales viene a ser en el turbulento siglo xvii la imagen en que se expresa el principio básico de la moral, vista como una técnica del comportamiento con otros.

\* \* \*

Si el hombre puede planear su conducta para ajustarse a unas condiciones dadas, quiere decirse que no puede desconocer éstas si quiere proyectar con eficacia su operar; pero también quiere decir que en su acción tiene un margen de opción, que puede actuar de una u otra manera. A su vez, ese carácter electivo que, dentro de ciertos límites, tiene la acción humana exige, para que pueda ser afirmado, este presupuesto: que la proyección de la misma sobre el mundo en torno pueda producir resultados diferentes, en vista de los cuales el sujeto actuante tenga que escoger una u otra manera de comportarse. La afirmación de la libertad de elección en el hombre, fundamental en el pensamiento de Saavedra, supone, por tanto, que puede operar sobre el mundo, determinando sobre él consecuencias diferentes, lo que quiere decir, a su vez, que con su acción puede hacer que cambie el mundo. La afirmación de la plasticidad del mundo bajo la intervención reformadora del hombre es un punto carac-

---

(23) Empresa XXXVII, p. 341.

(24) Empresa XXXVI, p. 334.